Fuego desde el cielo

Algis Valiunas

Algis Valiunas es periodista literario, especializado en temas culturales y políticos, y autor de Churchill's Military Histories: A Rethorical Study *(Rowman&Littlefield, 2002). Este artículo se publicó originalmente en* Commentary *julio/agosto 2007.*

En la guerra, al igual que en la hambruna o la peste, hallamos la base terrenal de las visiones infernales. La agonía propia del tiempo de guerra es inmemorial, pero en el siglo XX las artes militares de infligir sufrimiento y muerte alcanzaron una perfección diabólica. A muchas personas, durante la Segunda Guerra Mundial, el terror y la muerte les llovió desde el cielo. No hacía falta ser soldado para sufrir. Los bombarderos llevaron la guerra a la población civil y los nombres de las ciudades devastadas por los ataques aéreos –Londres, Hamburgo, Dresden, Tokio, Hiroshima, Nagasaki– tienen tanta importancia en la historia de la guerra como los escenarios de las grandes batallas. De hecho, aparte del Holocausto, fueron principalmente los grandes episodios de bombardeo de ciudades los que dieron a la Segunda Guerra Mundial su horrible fisonomía privativa.

Cuatro libros recientes[1] tratan de esta guerra aérea y en particular la que libraron británicos y norteamericanos contra Alemania, que produjo la muerte de 600.000 civiles. Los cuatro narran la teoría y la práctica de este tipo de guerra, describen la naturaleza de los ataques y los daños que causaron en vidas humanas, inmuebles y patrimonio histórico y examinan si los bombardeos fueron en verdad militarmente necesarios o moralmente justificables.

Pero también son muy diferentes entre sí. Bess, profesor de historia en la Universidad Vanderbilt, es autor del volumen más exhaustivo, con capítulos dedicados a temas tan diversos como el pacto de los Aliados con Stalin, los ataques de kamikazes o los juicios por crímenes de guerra de Nurenberg y Tokio. En un capítulo titulado «Un caso de extravío moral» concluye que el bombardeo de ciudades a gran escala fue una atrocidad imperdonable, «el mayor fracaso moral de todo el esfuerzo bélico angloamericano». Grayling, profesor de filosofía en la Universidad de Londres, coincide en lo sustancial con este juicio; de manera mucho más extensa, llega incluso a insistir en que los aviadores aliados deberían haberse negado a participar en misiones fuera de las áreas de combate, diseñadas para matar civiles.

Friedrich, un periodista radiofónico berlinés convertido en historiador, evita pontificar a la manera de Grayling, pero indica no obstante que ha llegado ya el momento de que los alemanes se «apropien» de su pasado como víctimas de una brutal guerra aérea. De Bruhl, un distinguido editor y ejecutivo editorial, es el único de los cuatro que defiende el bombardeo de las ciudades alemanas, con plena conciencia de lo terrible que fue y de lo difícil que es defenderlo. Si los libros de Bess y de Grayling son útiles para el lector que desee pasearse por los argumentos morales (y llegar como es previsible a una conclusión condenatoria), el de Friedrich es especialmente oportuno por la luz que arroja sobre un aspecto del debate alemán contemporáneo acerca de la Segunda Guerra Mundial, mientras que el de De Bruhl es indispensable para el lector general que desee saber qué fue realmente la guerra aérea.

En 1939, cuando la guerra acababa de empezar, el presidente Franklin D. Roosevelt hizo un llamamiento para que todas las naciones beligerantes se comportasen de manera decente y renunciasen a bombardear civiles. Pero consideraciones acerca de la ventaja e

1. Michael Bess, *Choices Under Fire: Moral Dimensions of World War II*, Knopf, 395 págs.; Jörg Friedrich, *The Fire: The Bombing of Germany 1940-1945*, Columbia University Press, 532 págs.; A. C. Grayling, *Among the Dead Cities: The History and Moral Legacy of the World War II Bombing of Civilians in Germany and Japan*, Walker, 361 págs.; Marshall De Bruhl, *Firestorm: Allied Airpower and trhe Destruction of Dresden*, Random House, 346 págs.

incluso la necesidad de comportarse de manera indecente hacía tiempo que rondaban en las cabezas de los pensadores estratégicos. Como ministro británico de Municiones en el último año de la Primera Guerra Mundial, Winston Churchill había imaginado un raid aéreo de 1.000 bombarderos sobre Berlín para 1919; afortunadamente, el final de la guerra en noviembre de 1918 se puso por medio.

En 1921 Giulio Douhet, poeta, dramaturgo, y visionario jefe del cuerpo de aviación de la Marina italiana, al que los cuatro autores consideran acertadamente como el innovador teórico de la fuerza aérea, publicó *El dominio sobre el aire*, donde declaraba:

> El campo de batalla sólo estará delimitado por el perímetro de las naciones en guerra y todos sus ciudadanos serán combatientes porque todos ellos estarán expuestos a los ataques aéreos del enemigo. No habrá ya distinción entre soldados y civiles.

Dos años después Hugh Trenchard, el principal arquitecto de la Royal Air Force (RAF) británica, insistía en que la mejor defensa era un buen ataque y que el arma ofensiva más segura era el bombardero: «La victoria definitiva... depende de la destrucción de las industrias del enemigo y, sobre todo, de la desmoralización a causa del bombardeo».

En 1931 el primer ministro británico Stanley Baldwin, conocido por su vehemente pusilanimidad –Churchill lo inmortalizó como el «portento de debilidad»– explicaba por qué estaba convencido de que el desarme completo era la única solución. El «hombre de la calle», decía Baldwin, debe «darse cuenta de que no hay ninguna fuerza terrestre capaz de protegerle de un bombardeo. Digan lo que le digan, el bombardero siempre pasará».

En cuanto a Adolf Hitler, hay que decir que era, en palabras de Jörg Friedrich, «un *douhetista* convencido». De hecho, en 1934 Alfred Rosenberg, el teórico del partido nazi, afirmaba que la guerra en el aire era un medio magnífico para restablecer la conexión entre el «hombre de la calle» y el soldado del frente. Rosenberg estaba convencido, escribe Friedrich, de que «la guerra del futuro se librará bajo los estandartes de las flotas aéreas... e implicarán al conjunto de la nación en la lucha por la supervivencia».

Así pues las altas miras del presidente Roosevelt no iban a contar mucho una vez iniciadas las hostilidades. Los nazis bombardearon Varsovia si piedad en el primer mes de la guerra y demolieron de manera infame Rotterdam en mayo de 1940. Los británicos, por su parte, sólo unas horas después de declarar la guerra a Alemania enviaron un bombardero de reconocimiento a sobrevolar la costa alemana, aunque la acción fue más un golpe de efecto que una cosa seria. El asunto realmente serio entre Gran Bretaña y Alemania empezó en agosto de 1940, cuando algunos pilotos de la Luftwaffe enviados a bombardear las fábricas de aviones y depósitos de combustible británicos se extraviaron y atacaron accidentalmente distritos residenciales de Londres. Churchill ordenó de inmediato un ataque de 50 bombarderos sobre Berlín. La escasa visibilidad hizo que la mayoría de las bombas cayesen a varias millas de los blancos fijados, levantando erupciones de desechos en campos de labranza fuera de las ciudades.

Los británicos repitieron los ataques a principios de septiembre y los nazis respondieron con la Operación Loge, llamada así por el dios del fuego de la ópera de Wagner *El anillo de los nibelungos*. Fue la primera salva del Blitz. Durante casi dos meses, los ataques nocturnos de hasta 200 aviones causaron estragos en Londres. En el transcurso de la Batalla de Inglaterra, que se desarrolló sobre sus cabezas, los británicos perdieron 790 aviones

y los alemanes 1.389. Aunque la Operación León Marino, el plan de Hitler para la invasión de la isla, fue a parar a la papelera de las fantasías estratégicas, las hostilidades en el aire continuaron. Los nazis devastaron Coventry, con su gran catedral, y los británicos respondieron bombardeando Mannheim, en lo que Marshall De Bruhl llama «quizá el primer bombardeo dirigido exclusivamente a socavar la moral», pues no tenía otro objetivo más que aterrorizar a la población.

A raíz del desgraciado ataque diurno sobre Stavanger (Noruega), en abril de 1940, en el que sufrieron fuertes pérdidas, los británicos decidieron realizar sus misiones de bombardeo exclusivamente por la noche. Dado que esto reducía las probabilidades ya precarias de localizar y acertar los objetivos, se adoptó una nueva técnica, conocida como el bombardeo por áreas: los bombarderos soltarían sus cargas en áreas amplias situadas en torno a los objetivos buscados.

En efecto, el área general *se convirtió* en el objetivo buscado. Escribe De Bruhl:

> Todo lo que se habló acerca de los méritos relativos o la moralidad del bombardeo por áreas en comparación con el bombardeo de precisión fue esto en los primeros años del Mando de Bombardeo [británico]. Como mucho había sólo nueve noches al mes –cuando había luna llena– en las que existía alguna posibilidad de lo que podría llamarse un bombardeo preciso. E incluso entonces la meteorología debía cooperar.

Enviando una fuerza de bombarderos para atacar una amplia zona industrial o un puerto de una ciudad concreta, los británicos desplegarían otro contingente que golpearía a los barrios civiles de esa ciudad. Así preservarían nominalmente la intención de atacar de manera específica a las industrias mientras que en realidad se lanzaban al bombardeo por áreas para causar bajas civiles y socavar la moral. Los británicos depositaron grandes esperanzas en este proyecto de bombardeos; Churchill afirmó en 1940 que quebraría a Alemania. Pero en agosto de 1941 un informe del secretariado del gabinete de guerra indicaba que de los pilotos que informaban de resultados positivos, sólo un tercio se había acercado a un radio de cinco millas del blanco; en el Ruhr, una región repleta de objetivos pero donde la polución obstaculizaba la visibilidad, la cifra era uno de cada diez.

El nervioso Churchill se desesperó a la vista de este informe, pero sir Charles Portal, jefe del Estado Mayor del Aire, le convenció de que perseverase, aunque sólo fuera porque no había otra alternativa, ninguna posibilidad de ofensiva terrestre en el continente, hasta 1943 lo más pronto. Los bombarderos prosiguieron con sus misiones, para grave riesgo de las tripulaciones: de los 125.000 hombres que integraron dichas tripulaciones a las órdenes del Mando de Bombardeo durante la guerra, 55.000 murieron, fueron heridos o cayeron prisioneros, un índice de bajas del 44 por ciento.

La Fuerza Aérea norteamericana, que empezó a combatir junto a la RAF en la primavera de 1942, pensaba que tenía una opción mejor. El bombardero B-17, la Fortaleza Volante, formidablemente armado y equipado con visores de bombardeo Norden de última generación, haría incursiones atravesando las escuadrillas de cazas de la Luftwaffe y lanzaría sus bombas exactamente donde correspondía, y a la luz del día.

En el planteamiento norteamericano pesaban consideraciones de orden tanto moral como militar: la destrucción indiscriminada del bombardeo nocturno por áreas les repugnaba y optaron por concentrarse en objetivos exclusivamente militares dejando el trabajo

sucio de bombardear población civil a los británicos. Pero la precisión americana resultaría también en gran medida imprecisa. Los B-17 se revelaron mucho menos resistentes a los ataques de los cazas enemigos, que disparaban en bandadas, de lo que se había esperado y se comprobó que el coste en hombres y aparatos de los ataques de precisión a la luz del día era prohibitivo. Además la fuerte y perenne capa de nubes sobre el continente hacía que con mucha frecuencia el visor de bombardeo Norden resultara ineficaz.

Como señala Michael Bess, «toda la idea del "bombardeo de precisión", dada la tecnología disponible en 1942, no pasaba de ser algo así como castillos en el aire.» Pese a que los americanos continuaron intentando bombardear tan precisamente como fuese posible, o al menos decían que lo intentaban, lo cierto es que se pasaron con harta frecuencia al bombardeo por áreas, incluso en sus incursiones diurnas.

Ahora bien, las guerras tienden a acelerar el progreso tecnológico y la maquinaria de muerte se hizo más eficiente en 1943 y 1944. Se introdujeron enormes mejoras en los aparatos y las técnicas de navegación, lo que tuvo importantes consecuencias. En la descripción de Bess:

> El número de aviones tanto británicos como americanos siguió aumentando; mejoró además su calidad, al incorporarse nuevos modelos; el número de cazas de apoyo creció también lenta pero sostenidamente; importantes mejoras en el visor de bombardeo Norden lo hicieron considerablemente más efectivo; los científicos aliados idearon diversas técnicas muy ingeniosas para despistar a los radares alemanes; nuevos tipos de bombas, incendiarias y de alto poder explosivo, empezaron a fabricarse en serie; y en 1944 entró en servicio el P-51 Mustang, un avión rápido y muy maniobrable que no sólo superaba a los mejores cazas alemanes sino que contaba con tanques especiales de combustible que le permitían escoltar a los bombarderos durante todo el trayecto hasta Berlín y de regreso.

Los aliados no dudaron en poner en acción todas sus nuevas adquisiciones. A finales de julio y principios de agosto de 1943 desencadenaron sobre Hamburgo la furia de la Operación Gomorra, así denominada por la ciudad que el Señor destruyó con una lluvia de fuego como castigo por su iniquidad, tal como se recoge en el Génesis. Las bombas de alto poder explosivo hacían que los edificios se derrumbasen y destrozaban las conducciones de agua. Pero fueron las bombas incendiarias, nada menos que de dos pies de largo y que pesaban entre dos y cuatro libras, las que tuvieron el efecto más devastador. Las bombas de fósforo, de magnesio y *thermite* cayeron como cascadas de destrucción y la segunda noche de bombardeo cayeron tantas y a tal ritmo que generaron una tormenta de fuego. Se formaron corrientes de aire que semejaban torrentes de enorme violencia. Las llamas alcanzaron los 7.000 pies de manera que hasta los pilotos británicos sintieron el calor abrasador. El infierno desencadenado consumía vorazmente el aire de su entorno, su monstruosa inhalación causaba vientos huracanados e intensificaba la conflagración.

Más de 30.000 inmuebles quedaron en ruinas, murieron unas 45.000 personas. La falta de oxígeno para respirar y la intoxicación por monóxido de carbono fueron la causa de muchas muertes; los refugios antiaéreos se convirtieron en hornos y la gente que había en su interior quedó carbonizada de suerte que los equipos de rescate encontraron en los días posteriores muchos cadáveres entremezclados en una masa difícil de separar; el asfalto hirviente de las calles se tragó a quienes huían de los edificios en llamas. Un millón doscientos cincuenta mil refugiados abandonó la ciudad tras el bombardeo.

Albert Speer, el ministro nazi de armamento, le dijo a Hitler que otros seis ataques más como el de Hamburgo significarían el fin de la guerra. El mariscal Erhard Milch, inspector general de la Lutwaffe, creía que la guerra ya estaba perdida y que le gente, en la retaguardia, no podría resistir mucho más. Los aliados, por su parte, consideraron Hamburgo como un enorme éxito militar y la *hamburguización* se convirtió en una denominación preferida de la jerga del Mando de Bombardeo. La completa destrucción de esa ciudad sería un modelo para ataques futuros, con la vista puesta en Berlín, cuya ruina aseguraría la victoria aliada.

Pero, aunque lo intentaron, los aliados no pudieron hacer con Berlín lo que hicieron con Hamburgo. Al no poder asestar un golpe fatal al centro neurálgico del Reich, optaron por golpear por partes en sus extremidades. En *The Fire*, Friedrich calcula que si los berlineses hubieran muerto en la misma proporción que los hamburgueses a causa de un ataque masivo, se habrían perdido 109.000 vidas y probablemente los nazis habrían capitulado. Pero dado que después de Hamburgo murieron víctimas de ataques aéreos más de 340.000 alemanes, cabe sostener que un golpe inmediato sobre Berlín habría ahorrado la mitad de todas las bajas por bombardeos. De nuevo según cálculos de Friedrich, 158 ciudades medias y pequeñas soportaron el peso de la guerra aérea: «El arma de Churchill no era capaz de lograr seis Hamburgo, pero produjo en cambio mil Gelsenkirchen.»

Ahora bien, lo que se recuerda de la guerra aérea son los ataques realmente espectaculares. Dresden, bautizada como la «Florencia del Elba» por el escritor del siglo XVIII Johann Gottfried von Herder, y que a ojos de muchos era la ciudad más hermosa de Europa, es la más famosa o la más notoria de las ciudades alemanas bombardeadas hasta quedar reducidas a escombros. El novelista americano Kurt Vonnegut era prisionero de guerra en Dresden en febrero de 1945, en el momento de la tormenta de fuego que se abatió sobre la ciudad, y su novela *Slaughter-House Five* (1969) contribuyó poderosamente a la leyenda de la belleza inocente violada que se asocia con esta ciudad. Arrasar una flor tan delicada parece a muchos un acto de la barbarie más abyecta. En los muchos libros, artículos y documentales sobre Dresden un coro casi universal de oprobio maldice a los aliados por haber destruido la más bella entre las bellas.

En *Firestorm*, Marshall De Bruhl emprende la titánica tarea de salir en defensa de los aliados. El terreno lo tenía bien preparado para este tipo de trabajo. El propio Churchill sintió fuertes remordimientos ante la devastación, hasta el punto de exigir una reconsideración de toda la estrategia de bombardeo por áreas: «La destrucción de Dresden plantea un interrogante muy serio a propósito de la política aliada de bombardeo... Siento la necesidad de una concentración más precisa en objetivos militares... y no en meros actos de terror y destrucción sin sentido, por muy impresionante que sea.»

Tras la observación de Churchill (luego oficialmente retirada a raíz de la protesta de otros) estaba la hipótesis de que el bombardeo por áreas *podía* cesar puesto que los alemanes estaban prácticamente derrotados. A esto Arthur Harris *el Bombardero*, comandante en jefe del Mando de Bombardeo, replicaba tajante:

> Los ataques a ciudades igual que cualquier otro acto de guerra son intolerables a menos que estén justificados estratégicamente. Pero están estratégicamente justificados en la medida en que tienden a acortar la guerra y a preservar las vidas de los soldados aliados. En mi opinión no tenemos absolutamente ningún derecho a abandonarlos hasta que no sea seguro que no tendrán este efecto. Personalmente no pienso que lo que queda de las ciudades alemanes valga más que el pellejo de un solo granadero británico.

Harris era conocido por un cierto tipo de opiniones y salidas de tono que a veces lo alejaban de la mínima decencia. En lo que quedaba de ciudades alemanas, después de todo, había muchos niños inocentes cuyo pellejo quedaría reducido a cenizas: unos 75.000 niños menores de catorce años perecieron víctimas de los bombardeos. Seguro que sus vidas tenían valor, aun comparadas con la pérdida de héroes británicos.

Pero Harris insiste también, y De Bruhl se muestra de acuerdo, en que el bombardeo de Dresden no fue «destrucción sin sentido». Los sentimientos de la gente hacia esta ciudad, según Harris, se centraban mucho en cosas como la música alemana o las imágenes pastoriles de Dresden. Pero en realidad Dresden era un conglomerado de fábricas de armamento, un centro intacto de gobierno y un punto clave de la red de transportes hacia el Este. Ahora no es ya nada de todo eso.

De Bruhl ilustra esta cuestión enumerando algunas de las instalaciones de la industria militar localizada en Dresden, concretamente 110 centros de producción en los que trabajaban 50.000 personas y que fabricaban de todo, desde armas ligeras hasta aviones, pasando por cañones antiaéreos y de campaña, e incluso gases tóxicos. Observa que la ciudad era esencial para el sistema telegráfico y postal nacional y que tres grandes líneas ferroviarias confluían en ella. Y señala asimismo que el bombardeo facilitó el avance soviético hacia el oeste y dificultó las operaciones defensivas de los alemanes en retirada[2].

La alegación según la cual con la guerra prácticamente resuelta en 1945 no había realmente ninguna necesidad de seguir bombardeando población civil sigue gozando de mucho apoyo entre los comentaristas. Así, A. C. Grayling –para quien incluso el *raid* sobre Hamburgo, en un momento álgido de los hostilidades, fue imperdonable de acuerdo con las reglas de guerra establecidas en la Conferencia Internacional de Paz de La Haya de 1899– cree que ante el inminente desenlace el ataque a Dresden fue un error inaudito.

Frente a estos detractores De Bruhl replica que el 13 de abril de 1945, el mismo día que tomó posesión de su cargo, el presidente Harry Truman fue advertido por sus más altos asesores militares de que Alemania no caería antes de otoño de 1945 y Japón tampoco lo haría antes de otoño de 1946. Nadie sabía lo pronto que iba a producirse el final y hasta el último momento el enemigo siguió siendo tan letal como una granada a punto de explotar. En la semana del bombardeo de Dresden, por ejemplo, los nazis lanzaron más cohetes V1 y V2 –*Vergeltungswaffen*, que significa «armas de represalia»– contra Inglaterra que nunca. Y como añade airadamente De Bruhl, en 1945, a medida que se retiraban, los nazis se dedicaron a intensificar el exterminio de los judíos. Al argumento de Grayling de que en 1944 había desaparecido cualquier imperativo moral para el bombardeo –o, como él prefiere decir, cualquier pretexto para un imperativo moral– le falta una pata para sostenerse.

Más preocupante es todo lo que dice Friedrich sobre la destrucción de ciudades pequeñas que no tenían ninguna significación estratégica. Los bombardeos que debían hacer que se ganase la guerra desde el aire, escribe, consistieron en buena medida en reducir a escombros ciudades sin importancia, una forma de matar dispersa e ineficaz que no afectó para nada al Reich. Algunos de los objetivos, además, de ninguna manera podían considerarse relevantes desde el punto de vista militar. A propósito de la joya barroca que era Würzburg, destruida por una tormenta de fuego el 16 de marzo de 1945, en un ataque en el que murieron 5.000 de sus 105.000 habitantes, se lamenta con razón Friedrich: «No había industrias de guerra en Würzburg, solo altares y pináculos». Ni siquiera las comarcas vitivinícolas

2. En su obra *Why the Allies Won* (1996) el historiador británico Richard Overy se extiende sobre esta cuestión y señala que en conjunto la campaña de bombardeos ayudó a que la guerra finalizara antes al obligar a los alemanes a desviar recursos de propósitos ofensivos a finalidades defensivas.

se libraron de masacres ocasionales: «Heilbronn era zona de viñedos y fue incendiada porque vivía gente en ella.»

Ahora bien, Friedrich pierde una buena parte de las simpatías que pudiera haber suscitado cuando insinúa que el bombardeo de Alemania es comparable al Holocausto. El título alemán de su libro, *Der Brand*, sugiere ostensiblemente un término equivalente al de Holocausto, *Brandkatastrophe*. Aunque rechaza toda tentativa de justificar los bombardeos como justa venganza por el exterminio en masa de los judíos, sutilmente trata de establecer una equiparación con el Holocausto en términos de maldad:

> La tormenta de fuego creó una atmósfera de otro planeta, incompatible con la vida. El gas, las radiaciones, las bacterias o el calor no atacaban a los cuerpos con violencia, simplemente los trasladaban a otro lugar, a un lugar en el que es imposible la vida. Una herida fatal puede deberse al hecho de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado, pero no altera esencialmente la marcha del mundo. La aniquilación, en cambio, se produce cuando ya nada puede seguir existiendo en un lugar determinado... Como si hubieran atravesado una puerta giratoria, 4,5 millas cuadradas de Hamburgo se encontraron de pronto y durante tres horas en una habitación en la que no es que la vida perezca –eso sucede siempre– sino en la que ninguna vida es posible, donde no puede existir. Hamburgo e Hiroshima son símbolos de una guerra que aísla a ciertas regiones del mundo de la vida.

Aquí, a través de una escalada verbal realmente efectista, y sin mencionar siquiera la muerte de los judíos –aludiendo sólo al gas y a una habitación en la que ninguna vida puede darse, a un espacio definido de aniquilación–, tenemos la supuesta equiparación de las cámaras de exterminio de Auschwitz con las calles en llamas de Hamburgo. Y sin embargo, por terribles y de hecho infernales que fueran los bombardeos, esta comparación aquí implicada es una proeza de incomprensión moral. El Holocausto fue el intento de exterminio de un pueblo (al que se había declarado oficialmente una plaga de sabandijas) por el delito de haber nacido; el bombardeo de Alemania fue una parte esencial del esfuerzo por preservar al mundo de la tiranía del régimen quizás más vil que ha conocido nunca.

La metafísica de la aniquilación de Friedrich trata los medios de guerra de los aliados como si fuesen los fines, como si el exterminio en masa fuese el propósito último de la campaña de bombardeos, cosa que sí lo era de la política nazi. A. C. Grayling, poniendo todo el peso de la condena en los medios empleados por los aliados, muestra una perversa incapacidad para distinguir entre unos fines y otros. Aunque es lo suficientemente astuto para reconocer que los males causados por Hitler sobrepasaron de lejos los causados por los bombardeos aliados, no por ello deja de hacer de la distinción moral una cuestión de grado, no de fondo; que una parte estaba luchando por el bien y la otra por el mal puro parece que es algo que no llega a entender.

Además Grayling afirma en *Among the Dead Cities* que «el principio subyacente al 11 de Septiembre, Hamburgo e Hiroshima es el mismo... y el mismo juicio moral se aplica a los tres»; todos fueron «ataques terroristas... consistentes en el asesinato deliberado y en masa de civiles para asustar y someter a la sociedad de la que formaban parte». Esto es tanto como decir que los objetivos de guerra de los aliados eran moralmente congruentes con los que actualmente tiene Al Qaeda, como si la naturaleza del agente moral y los fines que busca no marcasen una diferencia significativa entre una embestida repugnante y una acción trágica pero decente.

La guerra situó a individuos decentes ante un dilema trágico. En un conflicto tan tremendo, en el que lo que estaba en juego era nada menos que la supervivencia de la civilización, la atrocidad de algunas personas decentes aumentó en proporción directa a la de su enemigo más brutal, en otro caso sus posibilidades de supervivencia se habrían reducido drásticamente. No hacer todo lo posible para derrotar a un enemigo realmente maléfico sería el mayor mal.

La guerra a esta escala crea su propia atmósfera, un magma tóxico que todo el mundo se ve obligado a respirar como si fuese oxígeno. En la guerra total contra un enemigo maligno aun la mejor de las personas se convierte en un bárbaro hasta cierto punto y comprende con horror las atrocidades en las que se ve obligado a participar. «¿Somos unas bestias? ¿No hemos ido demasiado lejos?», se preguntó consternado Churchill después de un ataque aéreo especialmente exitoso.

Los aliados fueron tan lejos como hubieron de ir con los medios a su disposición. Ciertamente, la furia justiciera y el ansia de venganza contra quienes habían empezado la guerra fueron una parte inextricable de sus motivaciones. Esto hace a sus acciones cuestionables a los ojos de quienes creen que en las guerras habría que matar con corazón inmaculado y de acuerdo con los preceptos de las mejores convenciones liberales. Pero cuando se trata de juzgar a una persona atrapada en una situación que propende trágicamente a la atrocidad, la cuestión no es tanto cómo se conduce una vez que está atrapada en esa situación sino por qué permitió que llegase a encontrarse atrapada en ella.

Nosotros también estamos en peligro de vernos atrapados, aunque nuestra situación es significativamente distinta de la de las democracias que se vieron enfrentadas a Hitler. Disponemos de un armamento mucho más preciso y poderoso y somos mucho más escrupulosos acerca de cómo y dónde utilizarlo. Jörg Friedrich escribe que «si Dresden hubiera sido bombardeada con el mismo resultado que Bagdad, no habría tenido una historia que contar acerca del asesinato intencional masivo de habitantes de ciudades». Pero nos enfrentamos a un enemigo que amenaza con desarrollar armas atómicas y que es declaradamente infinitamente menos escrupuloso que nosotros acerca de la eventualidad de utilizarlas.

El fuego desde el cielo que consumió a Alemania en 1945 fue un instrumento bélico necesario sólo porque los aliados fueron incapaces de parar a Hitler cuando daba sus primeros pasos. Es una lección que conviene tener en cuenta cuando se perfila otra conflagración con un enemigo implacable y maligno que está, precisamente, dando sus primeros pasos ■

□ *Traducción de Gustau Muñoz*

David Seymour *Chim*
Berlin Occidental, 1947
Una mujer trabaja en
su huerto cerca del edificio
del Reichstag.